

TEATRO

Jaume Melendres

La libertad del «Lliure»



«La nit de les tribades», uno de los montajes del «Lliure»

No han llegado hasta aquí, todavía, los ecos de la crispada polémica levantada en torno al Teatro Lliure de Barcelona. Tan crispada, tan absurda en algunos de sus aspectos que algunos hablan, incluso, de campaña orquestada, de confabulación, como si astutos cerebros hubiesen esperado, agapazados, el momento de lanzarse sobre el mejor de nuestros teatros.

No creo que exista tal confabulación. Se ha producido, simplemente, un progresivo endurecimiento de posiciones, una acumulación de declaraciones a veces poco afortunadas, casi siempre poco hábiles. Hoy la situación es tal que podrían llenarse periódicos enteros con el simple juego de las réplicas y contra réplicas. Y tan absurda que los del Lliure se sienten obligados a reivindicar su catalanidad (que nadie pone en duda) y los autores a mostrar, de modo casi grotesco, el carnet de identidad artística, no caducado.

Y todo porque el Lliure no monta autores catalanes. El Lliure prefiere a los extranjeros. Pero también hay que añadir: no al primero que pasa. No monta extranjeros jó-

venes. Casi siempre los prefiere muertos, siempre que sean solventes.

Es una opción muy razonable. El Lliure tiene su línea, y eso es lo único que hay que exigirle a un teatro estable: una línea, una coherencia, una calidad programadora. Aunque a mí, como autor, me perjudique este olvido de los autores catalanes, me parece muy bien que mis impuestos sirvan para ver en escena (para que yo mismo pueda ver) textos de Shakespeare, de Büchner o de Ibsen. Como autor también me sirve.

Porque éste, el de las subvenciones públicas, ha sido el gran argumento esgrimido contra el Lliure. Se cree que por el mero hecho de recibirlos todos somos accionistas del Lliure. Y así, al pie de la letra, no es verdad. Pues, si lo fuese, habría que ir más lejos todavía: no sólo seríamos accionistas los autores hoy postergados; también lo sería el público en general, también al público habría que consultar antes de programar cada temporada. El Lliure no lo hace y nadie se rasga las vestiduras por este motivo.

Nadie se rasga las vestiduras, por ejemplo, cuando el Teatre Itinerant Català, también financiado con dinero público (bienvenido sea) prefiere montar Hamlet —de autor foráneo— en vez de montar «El verí del teatre», de Rodolf Sirena, que también ha sido dada por televisión y que en cambio, con sus dos personajes resulta mucho más barata.

La única verdadera responsabilidad de un teatro estable y público es no tirar el dinero por la ventana. Ellos, los del Lliure, no lo tiran. Nos han dado y nos seguirán dando buen teatro. Hacen que la población vaya al teatro y esto nos beneficia a todos. Incluso a los autores no estrenados.

Pero, además, en el fragor del debate, se olvida el problema de fondo. El problema se llama política teatral.

Sólo hay un Lliure en Catalunya. La mayoría de los actores catalanes sueñan con trabajar en ese Lliure. Los escenógrafos también. Los dramaturgos. El pueblo teatral unido. Es lo único sólido que tenemos, nuestra más brillante realidad. La situación es desesperada (o al menos desesperante) y nos agarramos a lo que tenemos.

Sólo hay un Lliure en Catalunya y, en cambio, no hay una política teatral. Y entonces se produce un fenómeno curioso: exigimos del Lliure que haga esta política teatral. En vez de escribir artículos exigiendo a la Conselleria de Cultura de la Generalitat (y en su defecto al Ministerio de Cultura tan reacio a traspasar poderes y dinero) que haga su trabajo, que defina y ponga en marcha una verdadera política para nuestro teatro; en vez de organizar delegaciones para visitar al señor Pi i Sunyer nos lanzamos contra el Lliure, que lleva una línea programadora apoyada por un público creciente. Un público que deposita su voto en la taquilla, en el aplauso.

Exijamos al César lo que debe hacer el César. No sublimemos con el Lliure nuestra impotencia política. Porque sólo hay un Lliure. Espero que siga siendo Lliure, libre.

«Ana o... En la urbe se muere uno de risa»

Autor: Teodoro López Lara

Director: El mismo

Intérpretes: Verónica Luján, Francisco Vidal,

Miguel Arribas, Gloria Blanco, José Albiach,

Fernando Rojas, Alberto de Miguel y Pilar

Bardem

Teatro Alfíl, Madrid

Entiendo qué es lo que ha querido hacer Teodoro López Lara, 27 años, en este su primer estreno «Ana o... en la urbe se muere uno de risa». Ha pretendido mostrarnos la vida de un grupo juvenil progre, chelí, pasota, acratoide o como se quiera llamar. Ha intentado definir lo que es esta nueva generación de antecedente tan tópico como fue el mayo francés.

Esta es una obra del rollo, género que sin duda nos va a asaltar machaconamente tanto en teatro como en cine o en novela. Entiendo lo que el autor ha querido hacer y decir. Lo que está claro, al menos para mí, es la diferencia que existe entre la intención y la realidad de lo que nos ha mostrado.

La juventud actual merece un poco más de seriedad a la hora de abordar sus comportamientos. Todo eso del rollo, lo chelí, lo pasotá, la basca, los porros y demás ingredientes no son materiales que puedan usarse sin más para hacer una radiografía social. Eso sería tanto como decir que si uno conoce muchas palabras en inglés indefectiblemente tendrá una buena prosa inglesa. No vale la pena entrar en demasiadas disquisiciones. El caso es que el mundillo del rollo reflejado en la pieza de López Lara no resiste la más mínima crítica. Se han metido en una batidora una serie de tópicos al uso y el mejunge que ha resultado no es sino un sainete veraniego curiosamente anticuado. En lugar de una comedia de costumbres generacional se nos da una fotografía movida, borrosa y bastante desenfocada.

El autor ha escogido el característico triángulo formado por una chica y dos chicos, y los hace fumar porros, hablar en pasotá, practicar costumbres liberales, etc. Pero a la hora de la verdad, lo que ocurre y cómo ocurre (o cómo se